

## Ni un solo milagrito. Sobre la recepción de las teorías críticas en Trabajo Social

Por Nicolás Alberto Lobos

**Nicolás Alberto Lobos.** Licenciado en Filosofía y Mgter en Sociología y Ciencia Política (Flacso). Titular efectivo de la Cátedra de Filosofía Social y Política, Carrera de Trabajo Social. Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. UNCuyo. Investigador de la Secretaría de Investigaciones, Internacionales y Posgrado UNCuyo. Argentina

*“¿Seguirá siendo nuestro destino mostrar al pueblo días tras día, y tanto los feriados como los laborables, las reliquias de nuestro saber como los monjes muestran sus santos, sin hacer nunca ni un solo milagrito?”*

Vida y Obra del Caballero Tristram Shandy, Libro II. Cap. I

### 1. Introducción

Las teorías marxistas así como las posestructuralistas, psicoanalíticas, semióticas, feministas y decoloniales circulan abundantemente en nuestras carreras y son usadas con frecuencia para explicar la intervención social. A partir de ellas se suele calificar a las prácticas profesionales como *transformadoras* o *reproductoras del orden instituido*, dicotomía que se traduce en etiquetas como “*Trabajo Social crítico*” y “*Trabajo Social conservador*”, “*Trabajo Social endógeno*” y “*exógeno*”, “*moderno*” y “*antimoderno*”, “*reproductor*” y “*desobediente*”. Sin embargo es muy difícil que las intervenciones sociales concretas se puedan subsumir bajo estos rótulos. Una/un trabajadora social -aún la más comprometida- difícilmente se encontrará en una situación donde simplemente deba optar entre una intervención transformadora y una reproductora del sistema.

Esto nos lleva a preguntarnos ¿cómo funcionan las teorías críticas en Trabajo Social? ¿Cuál es su nivel explicativo en la disciplina? ¿Qué efectos producen? ¿Qué herramientas proveen? ¿Qué es la intervención social a causa, en relación y a pesar de las interpretaciones críticas? Para responder debemos caracterizar tanto estas producciones como su acogida en nuestras aulas y equipos de investigación.

### 2. Hipérboles y mesianismos

Existe un gran parecido de familia entre los juegos de lenguajes metafísicos, críticos, ultraescépticos y deconstructivistas y se debe a que todos ellos hacen un uso abundante de la

hipérbole (Sloterdijk, 2011), aquella figura retórica que consiste en “*aumentar o disminuir de forma excesiva un hecho, una circunstancia o un relato*” (RAE). También es habitual el tono mesiánico, es decir, la figura hiperbólica típica de la expectativa de justicia. Quintiliano definía la hipóbole como “*la exageración conveniente de lo verdadero*” y aclaraba enseguida: “*Pues es lícito hablar con exageración cuando no se puede dar la medida exacta y es mejor que el discurso vaya lejos para no quedarse atrás...*” (Sloterdijk, 2011, pág. 167). Adorno había afirmado en *Minima Moralia* refiriéndose al psicoanálisis “*Sólo las exageraciones son verdaderas*” (Payne, 2002, pág. 6). Es decir, al momento de hacer diagnósticos y describir la realidad solemos exagerar porque “*más vale que sobre y no que falte*”. Pareciera que la verdad sólo produce *efectos de verdad* en estado gaseoso, de excitación o exageración, sin embargo también produce otros efectos en las prácticas, no siempre positivos, trataremos de describirlos.

La Revolución científica y el liberalismo del S XVII desencantaron el mundo desinflando ídolos, supersticiones, dogmas, jerarquías y lealtades. Sin embargo rápidamente se fetichizaron otras entidades como la Razón, el Individuo, la Humanidad o el Sujeto. El positivismo –por ejemplo– construyó La Ciencia como su propia criatura mitológica y el historicismo hizo lo propio con La Historia. Todas ellas fueron presentadas como entidades terrenales y humanas al mismo tiempo que eran inflamadas con vientos metafísicos.

En la segunda mitad del S XIX y comienzos del S XX, Marx, Nietzsche y Freud produjeron elementos contundentes y definitivos para el desencantamiento del Sujeto, la Conciencia, la Humanidad, la Historia, la Razón, la Ciencia, el Derecho, el Estado Ético y la Libertad. El punto es que hoy las derivaciones de aquellos desarrollos se han hinchado del viejo encanto. La crítica a la creencia se ha transformado en creencia en la Crítica. La deconstrucción de los *dogmas de fe* ha devenido *fe en la deconstrucción*. La crítica a la tendencia metafísica de aislar un aspecto de la realidad para escribirlo con mayúsculas y letras de molde terminó escribiendo *Crítica* con mayúscula y letras de molde.

En definitiva, las teorías que surgieron denunciando los excesos mesiánicos y los entusiasmos hiperbólicos de los filósofos modernos terminaron hinchándose de aquellos mismos aires y se volvieron hiperbólicas y mesiánicas a la vez. Se comenzó a producir discursos al estilo “todo es económico”, “todo es político”, “todo es psíquico”, se afirmó que “el patriarcado está en todos lados” y que “el Estado somos todos”, sin percatarse de que cuando arribamos al discurso del *todo o nada* –al poner blanco sobre negro– produce seguridad, euforia e incluso embriaguez. Más allá de lo energizante que esto pueda ser, no debemos olvidar que desde el momento en que ubicamos al mal de un solo lado es que estamos, sin lugar a dudas, viendo el mundo en términos morales o religiosos. Así la lógica binaria satura las situaciones de afectos, fidelidades o indignaciones y nos olvidamos de la necesidad de definir y conceptualizar. Definir es lo contrario de aquel paisaje donde reina el Todo, donde todo es lo mismo. Si no definimos no pensamos sino que nos indignamos, afligimos, exasperamos o sublevamos. Pero nuestra tarea no puede reducirse a promover en nuestras/os estudiantes la indignación frente a esto o lo otro (capitalismo, adultocentrismo, colonialismo o patriarcado). Si no definimos, nadamos en el magma de las buenas intenciones (las nuestras por supuesto), que pueden ser realmente valiosas, por cierto, pero que distan bastante de lo que significa pensar.

## 2.1. Goce y placer del texto

Otro ámbito amigable a lo hiperbólico es el goce de la escritura y el goce del texto,

variantes de nuestra posibilidad de vincularnos a la verdad o al absoluto. En otras palabras, nos referimos a la sensación que nos envuelve cuando accedemos a la buena literatura. Deleuze mismo decía que su filosofía debía leerse como literatura. La experiencia del goce del texto, experiencia sin duda contundente, desestructurante e incluso angustiante, es producida por mucha teoría crítica que está excepcionalmente bien escrita y que produce tanto quiebres de estructuras mentales como goces intensos y turbadores. Muchos textos de teoría crítica están muy cerca de las mejores producciones artísticas que se hayan realizado. Pero aquí también habría que marcar la diferencia entre el goce y el placer del texto. Frente a un texto uno puede sentirse identificado, reflejado, reconocido y confirmado. Uno va leyendo y asintiendo placenteramente con la cabeza. Hasta podría anticipar el final o las conclusiones. Se produce –diríamos- un cierre semiótico anímico donde los significantes trazan una delicada y armónica curva formando un círculo donde todo encaja y sobre todo donde encajamos nosotros/as en cuanto lectores con la mejor impresión que tengamos de nosotros/as mismos/as. Estos textos nos dan placer, nos confirman en nuestro ser y nos hacen sentir valiosos/as. Aquí están jugando su juego la identidad, la pertenencia y el reconocimiento. Esta sensación se redondea con la confirmación de que, de este modo, somos diferentes de los ignorantes, los insensibles, los aberrantes. Pero hay textos que no funcionan de esta forma, de ninguna manera permiten un reconocimiento, no funcionan como espejos en donde nos agrada mirarnos sino que –por el contrario- inquietan, perturban, son difíciles de agarrar y sin embargo difíciles de dejar de lado, nos atraen y nos repelen al mismo tiempo. Estos textos no están escritos para confirmar la propia identidad sino para desestabilizar, desestructurar, crear vacíos, hacer tajos más que rellenar huecos o suturar cortes. Roland Barthes publicó en 1973 un libro donde hacía esta diferencia (Barthes, 1982). Al primer caso le llamó *placer del texto* y al segundo *gocce del texto*. Respecto a la teoría crítica habría que decir que hay libros que tienden a construir consenso, identificación y reconocimiento (¡qué bueno que es estar de este lado! sentimos) y textos destinados a abrir más que a cerrar y a quebrar el orden de las identificaciones más que reforzar la autoestima.

En Trabajo Social encontramos producciones textuales en los dos sentidos pero debemos señalar que la mayor parte tiende a la construcción y consolidación de una identidad profesional. Nos referimos a estos textos que nos convocan a lugares de reconocimiento gratificantes, que ofrecen una imagen luminosa donde reconocerse como trabajadores/as sociales, que pintan un paisaje donde todos los buenos están de este lado, los malos son totalmente malos y están enfrente y las víctimas son claramente víctimas.

### 3. El cultivo hidropónico del pensamiento crítico

Aclimatadas sorprendentemente bien en la academia, las teorías críticas han sufrido un importante proceso de autonomización que se debe, en gran parte, a la modalidad universitaria de su cultivo, modalidad que podríamos denominar *hidropónica*. Como sabemos, la hidroponía produce vegetales sin usar el suelo ya que cultiva plantas sumergiendo sus raíces en agua y soluciones minerales. De una manera semejante en la academia se produce *teoría deconstructiva* como un fin en sí mismo, esto es, sin necesidad de hundir las raíces en temas específicos sino más bien desarrollando una lengua franca, un cierto argot o especialidad filosófica que toma los nombres de *Estudios críticos*, *Estudios culturales* o simplemente *De(s)construcción*. No es casualidad que estos desarrollos, sobre todo en EEUU y Canadá -pero de manera semejante en Europa y otros rincones del planeta- hayan devenido una variante de las bellas artes que tienen su

lugar “natural” en los institutos de literatura de las grandes universidades y no en los departamentos de filosofía o ciencias sociales.

#### 4. Su recepción en Trabajo Social

Las teorías críticas suelen ser acogidas en nuestros ámbitos académicos para inmediatamente ser vertidas en moldes humanistas torneados históricamente por filosofías del sentido y/o del sujeto. La mencionada disposición a aislar y exagerar algunos rasgos de la realidad y presentarlos teñidos de absoluto se ve incrementada en muchos textos disciplinarios por esta matriz. Muchas producciones en Trabajo Social se caracterizan por definir poco, partir de supuestos que no se aclaran -lo que produce una notable auto-hipnosis-, cubrir ciertos conceptos de las ciencias sociales con un tono moral, apelar al pensamiento binario y abusar de algunos bellos términos como *sujeto*, “otro”, *autonomía*, *emancipación*, *liberación* y *proyecto ético-político* sin que nunca podamos anotar a nuestra cuenta -como diría el Caballero Tristram Shandy- “ni un solo milagrito”.

#### 5. Deslizamientos embriagadores

No se puede estar más de acuerdo con el diagnóstico general que afirma que vivimos en sociedades neoliberales caracterizadas por una brecha enorme entre ricos y pobres. Fisura que se ensancha vertiginosamente al tiempo que se cristalizan y profundizan en nuestros países tendencias machistas, racistas, xenófobas, homofóbicas, heteronormativas, adultocéntricas, eurocéntricas y coloniales. Se hace –por lo tanto- necesaria la formación de los ciudadanos en la deconstrucción de los discursos sobre los que se fundan dichas tendencias. Se ocupan de esta tarea los estudios marxistas, posestructuralistas, semióticos, feministas, descoloniales y ecologistas, cada uno de manera específica y sin que el conjunto sea concordante.

Después de haber puesto suficiente énfasis en la necesidad de estos análisis y su difusión tenemos que señalar que Trabajo Social no interviene sobre las causas de tales tendencias ni podría combatirlas. Trabajo Social interviene sobre algunos efectos de esas causas y produce paliativos eficaces en relación a algunas de esas estructuras. Tampoco es la antecámara de proyectos políticos ni tiene por misión reparar las injusticias, transformar la sociedad o liberar a los pueblos. Estos son desafíos para los movimientos sociales y partidos políticos progresistas y/o populistas de izquierda comprometidos en estas luchas.

Demás está decir que desde nuestro punto de vista sería deseable que participaran allí la mayor cantidad posible de nuestros profesionales así como de las y los ciudadanos en general. Lo que ocurre es que después de manifestar la adhesión a estas posiciones teórico-político-ideológicas muchas/os intelectuales, investigadores y docentes de nuestras carreras asumen automáticamente que la especificidad de la disciplina está señalada por dichas teorías como si de alguna manera sirvieran para tocar el nudo de la profesión. Así comienza una serie de deslizamientos hacia equivalencias para nada equivalentes. Después de exponer análisis políticos sumamente interesantes sobre el malestar en la sociedad occidental, los impases de la realidad política latinoamericana o las negatividades de la vida en las sociedades capitalistas, muchas/os autores asumen inmediatamente que Trabajo Social está allí convocado “desde su origen” para resolverlos.

Es bastante osado trazar una línea de causalidad entre *colonialidad del poder* y desigualdades sociales, sin embargo, aun aceptando la posibilidad de que dichas desigualdades sean –en parte- la manifestación de la colonialidad del poder (seguro que no exclusivamente), no podríamos afirmar

inmediatamente que allí intervienen los/las trabajadores/as sociales. Tampoco podemos decir sin más que “las/los trabajadores/as sociales se ocupan de las problemáticas de género”. Probablemente intervengan en algunas situaciones de violencia de género, seguramente en situaciones de abuso y violación aunque solo cuando las víctimas son pobres y cuando ha sido excitada la Justicia de familia o de menores. Tampoco los/las trabajadores sociales se ocupan de situaciones de discriminación ni de racismo en general. Nunca intervienen sobre la génesis de estos fenómenos ni en las macro estructuras de los procesos de explotación laboral ni de división sexual o racial del trabajo, en fin, a nadie se le ocurre llamar a una/un trabajadora social cuando lo discriminan racialmente o lo explotan sexualmente.

La relación del Trabajo Social con los derechos humanos merece una reflexión semejante. No podemos menos que destacar la importancia que tienen los DDHH para toda sociedad, pero no podemos concluir inmediatamente que el objetivo de la intervención social sea su defensa. La preocupación por los derechos humanos, que es una de las referencias posibles del Trabajo Social, tiene que atravesar todas las prácticas, profesiones e instituciones; incumbe tanto a la vida pública como a la privada, a las agencias estatales como a las empresas, al ámbito educativo como al mundo del espectáculo. Debemos insistir en lo imprescindible que es afianzar entre trabajadores/as sociales el respeto por los derechos humanos y la lucha contra su conculcación tanto como entre médicos, gendarmes y magistrados. Lo que no podemos decir es que los trabajadores sociales sean los profesionales específicos para intervenir cuando son vulnerados los derechos humanos.

Sin duda hay un porcentaje de trabajadores/as sociales que -instalados en la comodidad (o incomodidad) de sus escritorios- no tienen más aspiraciones que permanecer en ellos hasta su jubilación (“reproduciendo el sistema” podríamos agregar sin duda). Muchos autores críticos seguramente desean –como muchos de nosotros- despertarles, motivarles y atraerles hacia alguna forma de compromiso político o ideológico. Más allá de compartir este anhelo hay tres puntos que conducen al deslizamiento que cuestionamos: en primer lugar hay que señalar que el *orden social* en el que vivimos, orden capitalista, neoliberal, mayormente machista, en general heteronormativo, subterráneamente colonial, bastante eurocéntrico y frecuentemente adultocéntrico- no es, sin embargo, homogéneo ni lineal.

Tampoco lo son las situaciones donde intervienen las/los trabajadoras sociales. Esto significa que difícilmente una intervención sea unívocamente *reproductora* o *transformadora del orden social* (sin mencionar que en la mayoría de estos textos se habla de *transformación social* en términos positivos, lo que no es necesariamente el caso: las transformaciones sociales también puede ser negativas y reaccionarias<sup>1</sup>). Una/un trabajadora social -aún la más comprometida- difícilmente se encontrará en una situación donde simplemente deba optar entre una intervención transformadora o una reproductora del sistema<sup>2</sup>. Recordemos por ejemplo que el neoliberalismo acoge a muchos feminismos, es decir, se puede intervenir en contra del machismo y a favor del neoliberalismo. Hay posicionamientos contrarios al eurocentrismo que son sumamente reaccionarios (muchos/as están en contra del aborto legal arguyendo que es una política de los países centrales para reducir el número de habitantes de los países dominados). Se puede ser anticolonial-anticapitalista y estar

---

<sup>1</sup> *Pensemos en las transformaciones que se están produciendo en Brasil actualmente bajo el gobierno de Bolsonaro donde a la par de una aceleración en la concentración de capital producido por políticas ultra liberales en economía se avanza hacia una cultura de la segregación de las minorías, restauración de la moral decimonónica y un desprecio argumentado por la cuestión ecológica (climato-escepticismo) y por la democracia como sistema político. No hay que olvidar que “no todo cambio es bueno”, y que por más que estemos mal... siempre se puede estar peor.*

<sup>2</sup> *En un trabajo en coautoría con Ricardo Rubio y Pilar Rodríguez desarrollamos algunos de estos matices y contradicciones (Lobos R. R., 2012)*

enfrentado políticamente con los anticoloniales populistas<sup>3</sup>. En fin, sería fantástico que las prácticas estuvieran divididas en “progresistas” y “reaccionarias” o “de(s)coloniales” y “coloniales” y que los profesionales sólo debiéramos optar por lo ideológicamente correcto. Desgraciadamente no vemos ese paisaje más que en los cielos de la imaginación de algunos autores y militantes.

Encontrar una categoría filosófica que funcione como parteaguas produce alivio y un particular estado de embriaguez. Sin embargo las situaciones concretas donde intervienen los/las trabajadoras sociales suelen abrigar una heterogénea trama de fuerzas muy alejada de la simplicidad y la evidencia. Se interviene siempre en el seno de contradicciones donde las cosas no suelen estar ideológicamente claras. Se interviene lejos de la euforia y de la auto-hipnosis y con los pies metidos en el barro de lo real.

Puede que las teorías críticas y el Trabajo Social contribuyan a una transformación progresista de la sociedad. Sin duda es deseable y para nada imposible. Sin embargo no debemos confundir ese deseo con sostener las equivalencias que se pueden leer en muchos textos. Las teorías críticas suelen abrigar simplificaciones que engranan con núcleos utópicos que no podemos impugnar pero tampoco tomar livianamente por descripciones de la realidad. La simplificación de los análisis desencadena una lógica que nos lleva a pensar que el capitalismo (o el neoliberalismo, el patriarcado o el colonialismo) son la causa última del malestar social y a concluir inmediatamente que la solución/salvación es tan evidente como accesible. Frecuentemente la lectura de estos textos nos insufla un entusiasmo jubiloso debido a que posibilita un discurso utópico que marca una senda y traza un horizonte para seguir caminando: “que para eso sirven las utopías -decía Eduardo Galeano (que decía Fernando Birri)- para caminar”. Sin embargo la intervención social concreta es algo más complejo, preciso y precioso que caminar o que producir entusiasmo vital. Las teorías críticas pueden brindar herramientas para entender esa complejidad pero no para saltarla o desconocerla.

Este llamado a la sobriedad no implica de ninguna manera bajar las banderas o abandonar la lucha (tal vez implique incrementarlas). Tampoco abandonar la lectura de dichas teorías. Menos aún llevarnos a condenar los polos hiperbólicos que pueden tensionar nuestras vidas. Me refiero a que podemos proponernos grandes -incluso exagerados- desafíos políticos, estéticos, deportivos o profesionales que reclamen de nosotros enormes esfuerzos. Podemos dedicar nuestra vida a exigirnos física, intelectual, espiritual, sexual o políticamente con objetivos hiperbóreos tanto como queramos. Podemos escalar el Aconcagua, correr la maratón de 42 kms, hacer danza después de los 60 o producir los mejores textos jamás escritos. Podemos dedicarnos a tensionar nuestros días de la manera más vertical y elevada que consideremos pertinente. Eso nos volverá sin duda erguidos/as y potentes (aunque también nos puede destruir, por supuesto, como todo lo importante en la vida). Pero no olvidemos que estas son metas u horizontes necesarios para la movilización política, la superación personal o el entusiasmo vital. La intervención profesional por su lado suele exigir más sobriedad que euforia. Este llamado a la sobriedad tampoco implica reducir la radicalidad de los análisis; sí exige argumentarlos suficientemente poniendo el foco en la intervención caracterizada por la singularidad de la situación y su complejidad.

---

<sup>3</sup> Me refiero al feroz enfrentamiento dentro de la perspectiva decolonial entre aquellos que defienden la Revolución Bolivariana y al gobierno de Maduro (Enrique Dussel, Ramón Grosfoguel) y aquellos que – también en nombre de la perspectiva decolonial- los condenan (Arturo Escobar, Anibal Quijano, Walter Mignolo) e incluso apoyan a Guaidó (Edgardo Lander) <https://www.youtube.com/watch?v=8mYAQgJFTw&t=205s>.  
<https://www.infobae.com/america/venezuela/2017/05/29/intelectuales-de-izquierda-detodo-el-mundo-firmaron-una-solicitada-contra-violencia-en-venezuela/>

## 6. Disposiciones habituales en Trabajo Social

Consideramos que en muchos textos de la disciplina predomina una perspectiva idealista aun cuando se citen y se trabajen filósofos materialistas. Por ejemplo se suele leer que el Trabajo Social transformará la sociedad o que el pensamiento crítico lo hará. Es probable que influyan de alguna manera en los procesos de transformación social progresista, de seguro es deseable y para nada imposible. Pero pretender que el pensamiento -crítico o conservador- sea la causa de las transformaciones sociales es idealismo puro y duro<sup>4</sup>. En realidad los procesos de transformación – los que nos agradan y los que no- se deben a alianzas de fuerzas económicas, políticas e ideológicas que generalmente vehiculizan los intereses de las élites y a veces –ocasionalmente- los de los sectores populares. Se trata de una combinatoria de fuerzas producto de las astucias de las clases dominantes y de las resistencias, iniciativas y estrategias de las clases dominadas donde el papel de las ideas es bastante restringido, habitualmente estratégico y excepcionalmente literal.

### 6.1. Un cierto tono moral

“Poder”, “burguesía”, “ideología”, “narcisismo”, “disciplina”, “biopoder” o “biopolítica” son términos que aparecen en muchas publicaciones como si hubieran sido creados para señalar a los malvados y sus artilugios. Sin embargo “narcisismo” para Freud no tiene una carga moral, no significa “egoísmo”, más bien designa la materia prima de todo aparato psíquico. “Ideología” no significa para el marxismo materialista -por ejemplo Althusser- “mentira” o “engaño” sino “la representación de la relación imaginaria de los individuos con respecto a sus condiciones materiales de existencia” (Žižek, 2008, pág. 115), algo que no sería asignable a la malicia de algunos sino más bien a la condición de todos. “Burgués” no es un insulto en boca de Marx. “Poder” o “biopoder” no son malas palabras para Foucault ni *biopolítica* exige un rictus de desagrado en los labios. Son en general conceptos que pretenden nombrar de diferentes maneras la materia prima de las relaciones sociales.

### 6.2. Lectura idealista de ciertos conceptos

Cuando se habla de *modernidad*, *neoliberalismo*, *crisis del capitalismo* o *prácticas sociales* se los suele abordar desde una filosofía del sentido, es decir en su literalidad o en los términos de aquellos que han producido esos conceptos. *Modernidad*, por ejemplo, se la entiende como la época en que se produce *el remplazo de la fe por la razón*. En realidad, no es que se haya combatido la fe durante la modernidad, más bien se propició *la fe en la ciencia y en la razón*. Si bien no es lo mismo, no podemos dejar de señalar que *creer en la razón* no es lo mismo que pensar. Por otro lado se suele hablar en términos de “traición a la Ilustración” como si la Ilustración hubiera sido un compromiso o un contrato. Se habla en términos de “las promesas incumplidas de la modernidad” como si la modernidad fuera un sujeto. Otro ejemplo, *neoliberalismo*: se lo suele entender como la ideología que privilegia el mercado, el individuo y el riesgo individual en contra del Estado, la comunidad y el lazo social. En realidad el neoliberalismo no es enemigo del Estado ni es una apuesta pura y llana por la iniciativa privada o por el individualismo: esto sería tomarla en su literalidad, según la definición que dan de sí mismos los neoliberales. Por el contrario es una estrategia que utiliza al Estado con el objetivo de orientar, mediante leyes, el mercado hacia los

---

<sup>4</sup> El idealismo se define por sostener que lo inmaterial es la causa de lo material, las ideas producen la realidad, el sentido es la causa de los cambios en la historia.

intereses de los ricos y de las corporaciones. Todos los gobiernos neoliberales utilizan al Estado para concentrar el capital, salvar periódicamente a la banca –que nunca asume ningún riesgo mayor- y reprimir a la población cuando se levanta contra alguna de estas medidas o sus consecuencias. El neoliberalismo no favorece a los individuos o a los emprendedores sino a las multinacionales, bancos y grupos de ricos que –por otro lado- no piensan ni accionan individualmente sino comunitariamente. Hoy deberíamos hablar más que de *neoliberalismo* de “*capitalismo de country*”. De cualquier manera el discurso del *individualismo* y del *libre mercado* es exclusivamente *pour la galerie*, está dirigido a los sectores de la pequeña burguesía y de las clases populares que se aferran todavía a pensar en términos de *partidos políticos, sindicatos, gremios, mutuales y cooperativas* y convencerlos de que si “se cortan solos”, si se separan del destino de su clase, tendrán la suerte de los ricos. Por supuesto ha habido muchos casos de personas que se enriquecieron gracias a que tomaron riesgos individuales (“siguiendo sus sueños” como se dice...) pero son excepciones. Lo cierto es que en las sociedades neoliberales los ultra ricos son cada vez menos y los muchos pobres cada vez más; los ultra ricos son cada vez más ricos y los muchos pobres son cada vez más pobres<sup>5</sup>.

### 6.3. La noción de *crisis*

*Crisis* es una palabra que inaugura muchos de los textos en Trabajo Social<sup>6</sup>. No más comenzar se puede encontrar en ellos frases al estilo “*la evidente crisis del capitalismo y del neoliberalismo*”, y a partir de esta afirmación se ve florecer los demás argumentos. *Crisis* es una noción que pretende señalar un paréntesis, un impasse, un momento de excepción en una continuidad. Se la invoca para sugerir que a los malos les está yendo mal, que la historia está de nuestro lado y que la salvación y la redención están cerca. En realidad, muy lejos de ser excepcional, desde hace doscientos años en Occidente lo permanente es la crisis. *Modernidad y crisis* son prácticamente sinónimos; o -para ser más prudentes- digamos que *sociología y crisis* se remiten una a la otra desde los días de Comte<sup>7</sup>. En realidad la clave del poder del neoliberalismo reside justamente en las “*crisis*” periódicas de las cuales sale siempre fortalecido (Crouch, 2012). Sin remontarnos demasiado en el tiempo recordemos: la crisis de 1987 (Lunes negro 19/10/87), la de 1994 (México), la de 1997 (Asia), 1998 (Rusia), la de 2001 (Argentina), la de 2008-2009 (EEUU, Lehman Brothers), la de 2010 (Guerra de divisas), y veremos qué pasa ahora con la crisis de la pandemia del Covid-19 (estamos escribiendo este artículo en el medio del Gran Confinamiento del primer semestre de 2020) pero por más esperanzadores que sean algunos discursos es difícil que los bancos dejen de ganar. Cada una de estas crisis fue presentada como catastrófica pero ninguna produjo el tan anunciado *fin del neoliberalismo* y ningún banco grande perdió dinero tampoco. Más aún, fue una noticia sumamente comentada en todo el mundo los enormes “premios” (*bonus*) que obtuvieron los CEOs y gerentes después de la crisis de Lehman Brothers (2008-2009).

---

5 “El 1% de los ricos del mundo acumula el 82% de la riqueza global” dice un estudio de Oxfam publicado por la BBC en 2018. <https://www.bbc.com/mundo/noticias-42776299>

6 El libro *Punto de fuga* comienza con la frase “El contexto de crisis mundial en el que vivimos ha renovado la crítica y el espíritu de la revuelta.” (Matus, 2018, pág. 17)

7 “¿No será que la categoría de “crisis” es imprescindible a sociólogos y psicólogos, hasta el punto de que quizá no sean éstos síntomas de aquélla, sino más bien sus promulgadores?” (Savater, 1986, pág. 101)

#### 6.4. El pensamiento binario

Varón/mujer, individuo/sociedad, soberano/pueblo, teoría/práctica, inclusión/exclusión, salud/enfermedad, público/privado, interior/exterior, Estado/movimientos sociales, religión/ciencia, crisis/estabilidad, liberación/dominación o todo/nada son conceptos pareados señalados como pensamiento binario tanto en los estudios críticos como en la sociología contemporánea y en su recepción en Trabajo Social. Podríamos decir que desde Norbert Elías, pasando por Bourdieu, Guiddens, Grignon, Passeron, Berger y Luckmann, Cicourel, Latour, Tévenot hasta Boltanski y Dubet la sociología ha cuestionado estas antinomias y “(...) *tratan precisamente de superar estas oposiciones y de concebir juntos aspectos de la realidad que tradicionalmente se concebían antagónicos*” (Corcuff, 1998, pág. 11). Sin embargo aunque esto no se desconozca y más aún, aunque se enuncie en las introducciones y marcos teóricos de muchos textos de la disciplina, inmediatamente después se sigue trabajando con los viejos términos antagónicos. También es frecuente leer hoy acertadas críticas al pensamiento binario en lo que respecta a la sexualidad, es decir, una crítica al binarismo varón/mujer pero no respecto al binarismo *todo/nada, liberación/dominación o Estado/movimientos sociales*.

#### 6.5. El beneficiario, el cliente, el sujeto y el “otro”

Sería interesante ubicar el momento en que se comenzó a utilizar el concepto de “sujeto” para señalar al usuario o cliente de las prácticas de intervención social. Probablemente reemplazaba las expresiones “objeto de intervención” y “beneficiario” para resaltar que no se trata de algo sobre lo que se realizan acciones o respecto de lo que se toman medidas sino que se trata de *personas protagonistas de sus vidas*. Cuando se apeló a las teorías sociológicas norteamericanas y francesas se comenzó a hablar de *marginales, pauperizados, desafiados, vulnerables*, es decir se los nombraba según su carencia, definidos por lo que les falta, algo que tampoco era muy halagüeño. Con las teorías críticas dominando el campo del Trabajo Social se generalizó la apelación a la condición de “víctimas” de los usuarios - sea víctimas del capitalismo, del patriarcado, del neoliberalismo o del colonialismo- apelativo que no deja de traer problemas: la víctima se define en relación al crimen, al daño y al victimario y poco queda para su protagonismo vital. En ese sentido se ha apelado a filosofías como las de Dussell o de De Souza Santos que trabajan la condición de “otredad” del “sujeto latinoamericano” para resaltar la diferencia y la singularidad de nuestros pueblos y clases populares con respecto al sujeto europeo hegemónico y a las teorías científicas que dan cuenta del mismo. Lo que estas propuestas y estos debates no mencionan –y que no deberíamos olvidar- es que el sujeto es siempre “otro”. Si alguna definición de sujeto merece ser recordada es aquella que afirma que “el sujeto es siempre opaco”.

Por otro lado si con “sujeto” queremos señalar a aquel que es dueño de la propia vida o hace su voluntad, habría que recordar que los seres humanos -tanto pequeños burgueses profesionales como usuarios de políticas sociales- lejos de alcanzar la emancipación, liberación o completa autonomía en algún momento de la vida, podemos -con suerte- gestionar nuestras múltiples dependencias. Este podría ser un objetivo realista de la intervención social: acompañar al usuario para que logre administrar sin excesivos descalabros las múltiples dependencias a las que está sometido.

## 7. Implicancias de este debate con respecto a la definición de la cuestión social

Estos deslizamientos son consecuencia en gran parte de la tendencia a considerar la cuestión social como una falla, negatividad, vacío o impasse. Si la cuestión social es un error entonces hay que retroceder hasta el origen y encontrar, en el momento en que las cosas se desviaron, la causa del desperfecto. Por el contrario sería interesante pensar -nosotros lo hemos sostenido en otro artículo (Lobos N. , 2020 A)- que la cuestión social no es una negatividad sino más bien una positividad o coagulado social que no tiene origen sino *procedencia* y momento de *emergencia*. La cuestión social es producto del choque, tensión, compromiso y anudamiento de ciertas fuerzas en determinado momento histórico. No es una negatividad que haya que solucionar. No es una pregunta sino más bien una respuesta.

La cuestión social es un precipitado interclasista e intergénero hecho de tensiones y confrontaciones pero también de alianzas, pactos y acuerdos entre clases. Es cierto que también es un espacio de descompresión entre lo político y lo económico (Donzelot, 2007) pero hay que aclarar que ese espacio no tiene por función necesariamente neutralizar las fuerzas de las clases populares como sostiene Donzelot, más bien debemos entenderla como un campo de batalla permanente, un espacio complejo de enfrentamientos y compromisos con sus avances y retrocesos, con sus sístoles y sus diástoles históricos. Inmediatamente hay que decir que no consideramos que el fin de la cuestión social, es decir su momento de desaparición, inauguraría necesariamente la revolución popular o devolvería la fuerza política confiscada a las clases populares. Viendo objetivamente el paisaje ideológico imperante hoy en Occidente, no podemos menos que sospechar que el fin de la cuestión social anunciaría el retorno del fascismo. Finalmente la cuestión social suele ser descrita como la consecuencia de las contradicciones capital/trabajo así como de las contradicciones entre géneros, razas y etnias. Este planteo no es criticable en sí a condición de dejar de renegar de la contradicción. La contradicción no es una mácula en nuestro discurso ni la manifestación de nuestra incompetencia, confusión o debilidad intelectual. La contradicción es más bien lo que nos permite respirar.

## 8. Conclusiones

En este trabajo hemos presentado algunas consideraciones iniciales sobre las cuestiones que nos convocan a un grupo de investigadores en la UNCuyo alrededor del Proyecto de Investigación (2019-2020) SIIP 06/F416 “*Teoría Crítica y clínica transdisciplinaria: ¿Qué especificidad para el Trabajo Social?*”.

Hemos descrito la lógica de las teorías críticas en general, descripción que no pretende refutarlas sino ubicarlas, dimensionarlas y esbozar cierto posicionamiento al respecto. Si la hipérbole es “una exageración conveniente de la realidad”, esto implica que la conveniencia es relativa a la situación. Depende de los efectos que se persigan.

Entonces, no se trata de hipostasiarlas ni de refutar las teorías críticas, no tienen “la razón” pero sin duda tienen razones. A las teorías críticas hay que tenerlas en cuenta, muy en cuenta,... pero no tomarlas al pie de la letra.

Hemos hecho algunas apreciaciones –que deberemos matizar seguramente- sobre la recepción y uso de los conceptos críticos en Trabajo Social. El abuso de la figura de la hipérbole, cierto tono mesiánico en los desarrollos, una matriz idealista en la recepción de los conceptos de las ciencias sociales y su consecuente uso moralizador. Hace años se presentaba a la disciplina como la antesala de la conversión moral de los usuarios, posteriormente como antesala de una terapia psicológica,

hoy la vemos muchas veces presentada como la antesala de la acción política. Lo específico de la intervención profesional –sin embargo- no es “hacer el bien” o redimir a las personas, tampoco preparar el terreno para la lucha revolucionaria, lo específico es producir conocimiento objetivo sobre situaciones concretas de intervención y usar ese conocimiento para dar lugar a algún tipo de transformación social. Ya lo definió con claridad Karsz: allí donde hay una apuesta por el saber hay Trabajo Social (Karsz S. , 2007).

Nuestra hipótesis es que si reemplazamos la matriz idealista por un *materialismo de las prácticas* podremos repensar la relación de las teorías críticas y el saber disciplinar así como la relación con la intervención social y podremos reformular con beneficio la mayoría de los temas profesionales<sup>8</sup>. De ninguna manera se trata de contestar o refutar estas teorías sino más bien de ubicarlas, dimensionarlas, situarlas, trazar sus fronteras, sus franjas de Gaza, territorios compartidos y *no land's man*. En este sentido nos parece fundamental apelar a la *Clínica Transdisciplinaria de intervención social* (Karsz S. , 2007). Lo primero que hay que señalar es que este dispositivo de análisis practica la crítica, incluso podríamos decir que no hace otra cosa que practicarla, pero no como una fe, credo o ritual (la Clínica transdisciplinaria no es creyente) sino como una práctica secular del pensamiento allí donde suelen abundar clichés, dogmas, fetiches, tótems y tabúes. La clínica no propicia la veneración de ídolos -sea positivos o negativos- tampoco la devoción por algún *Todo* o alguna *Nada*, sean cuales éstas sean. Nunca se encomienda a las ánimas pero tampoco a los cuerpos, no cree en Marx ni en Freud, ni en la revolución ni en la tradición: más bien prefiere -como recomendaba Nietzsche- “no creer”. Se trata de un escepticismo que hace provisional toda conclusión. Practica la *epojé*, aquella *suspensión del juicio* que propiciaba Pirrón, a lo que nosotros agregaríamos “durante un lapso prudente de tiempo”.

La Clínica Transdisciplinaria –por su parte- no pretende develar secretos ancestrales ni proponer los valores o ideales que finalmente nos redimirán. La Clínica tiene en cuenta a las teorías críticas, las tiene muy en cuenta, pero no espera de ellas revelaciones ni epifanías. Más bien trata de exponer, explicitar, traer a la mesa de trabajo las fuerzas que componen una situación, fuerzas que oportunamente pueden haber sido aisladas y descritas por las teorías críticas. La Clínica convoca a estas fuerzas para explicitarlas, considerarlas por separado y dar lugar tal vez a algún nudo no probado ni previsto todavía. La Clínica no supone la presencia de las fuerzas que había aislado en su momento la crítica, no las busca ni las espera: las encuentra cuando aparecen y al encontrarlas las dimensiona, las sitúa, las pondera y trata de hacer algo con ellas. La Clínica hace emerger la complejidad de una situación a una superficie mejor iluminada. Trata de hacer visible la multiplicidad que está funcionando allí donde otros ven una falta o un exceso.

## Bibliografía

Barthes, R. (1982). *El placer del texto y Lección inaugural*. México: S XXI Ed.

Corcuff, P. (1998). *Las nuevas sociologías*. Madrid: Alianza.

Crouch, C. (2012). *La extraña no muerte del neo-liberalismo*. Buenos Aires: Capital Cultural.

Donzelot, J. (2007). *La invención de lo social. Ensayo sobre la declinación de las pasiones políticas*. Buenos Aires: Nueva Visión.

---

<sup>8</sup> Están en preparación dos textos, uno sobre *El materialismo de las prácticas* y otro sobre *Ideología y goce que -junto al ya mencionado artículo “La cuestión social para quien la trabaje” Rev. Debate Público N°18 2020- contribuirán a clarificar las ideas aquí desarrolladas.*

Karsz, S. (2007). *Problematizar el Trabajo Social. Definición, figuras, clínica*. Barcelona: Gedisa.

Karsz, S. (2015). *Mythe de la parentalité, réalité des familles*. Paris: Dunod.

Karsz, S. (2017). *Affaires sociales, questions intimes*. Paris: Dunod.

Lobos, N. (2020 A). La cuestión social para quien la trabaja. Pensar desde las prácticas interventivas más que desde idealismos críticos y sociologías hiperbólicas. *Debate Público*. N°18 UBA.

Lobos, R. R. (2012). ¿De qué hablamos cuando hablamos de los DDHH y de qué -al hablar de ellos- evitamos hablar? En S. C. Martínez, *Contextos y prácticas de Trabajo Social* (págs. 115-136). Paraná: La hendija.

Martínez, S. y. (2017). El Trabajo Social Emancipador como aporte a los procesos de decolonialidad. En M. E. Hermida, *Trabajo Social y descolonialidad: epistemologías insurgentes para la intervención de lo social*. (pág. 407). Mar del Plata: EUDEM.

Matus, T. (2018). *Punto de fuga. Tomo 1. Imágenes dialécticas de la crítica en el Trabajo Social contemporáneo*. Buenos Aires: Espacio.

Meschini, M. E. (2017). *Trabajo Social y descolonialidad*. Mar del Plata: EUDEM.

Netto, J. P. (1997). *Capitalismo Monopolista y Servicio Social*. Sao Pablo: 1997.

Netto, J. P. (2003). Cinco notas a propósito de la "cuestión social". En E. G. Borgiani, *Servicio Social crítico. Hacia la construcción del nuevo proyecto ético-político profesional*. (págs. 55-71). San Pablo: Cortez Ed.

Payne, M. c. (2002). *Diccionario de teoría crítica y estudios culturales*. Buenos Aires: Paidós.

Sloterdijk, P. (2011). *Sin salvación*. Madrid: Akal.

Travi, B. (2006). *La dimensión técnico-instrumental en Trabajo Social*. Buenos Aires: Espacio.

Žižek, S. (2008). *Ideología. Un mapa de la cuestión*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica